

YUSTE, O EL OCASO DE UN MONARCA HACIA LA MUERTE

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

Entramos en la provincia de Cáceres, parte integrante de la Comunidad Autónoma de Extremadura. Cualquier ruta desde Madrid nos lleva al norte de la región, precisamente a la localización geográfica que nos interesa. Cáceres es una provincia que nos atrae por diversas razones: su historia nos sitúa en Plasencia, Trujillo, Coria o Guadalupe, por sólo citar unos ejemplos; sus monumentos nos llevan a su capital, patrimonio de la Humanidad; su geografía nos trasplanta desde la Vera hacia el centro donde se asienta la amplia llanura trujillano-cacereña, bordeada hacia el Este y Poniente por tierras que huelen a Castilla y a Portugal, respectivamente; un parámetro turístico evoca caminos, ciudades y pintorescos lugares; sus hombres, caracterizados por su emprendedor coraje, recuerdan aquellos apuestos conquistadores de la época imperial.

Tres accidentes orográficos, dentro de un esquema general, inciden en la provincia de Cáceres: el Sistema Central hacia el Norte, los Montes de Toledo hacia el Este y el Sur, mientras que en el centro se asienta la llanura trujillano-cacereña. Nos situamos en la Vera, que, junto con los valles del Jerte y del Ambroz, forman la cabecera verde del norte de Cáceres, en donde las últimas estribaciones de la Sierra de Gredos alternan con riachuelos que se deslizan para dar una frondosa vegetación que contrasta con otros lugares de la provincia. Los frutales, las hortalizas, los robles y castaños, la caza –como sabemos por el *Libro de Montería* de Alfonso XI–, y sus famosos cerezos, son riqueza de estas tierras, situadas entre los ríos Alagón y Tiétar. Pero nos quedamos con la comarca de la Vera, casi en su centro; parajes que nos recuerdan estos predios levantinos, por sus frutales, por sus olivos, por sus pimientos rojos, que un día darán el apetecido pimentón, y para más detalles, entre los merecidos elogios que a estas tierras dedican los clásicos de nuestra literatura, destacan los versos de Gabriel y Galán –*Extremeñas*– con tantas concomitancias con un cantor de nuestra región murciana y de su Huerta: Vicente Medina y sus *Aires Murcianos*, ambos poetas adscritos a la poesía regionalista de finales del XIX.

Casi en el centro de la Vera cacereña, entre Jarandilla y Jaraiz, se asienta Cuacos de Yuste, y, como perdiéndose en el lejano panorama, de una parte avistamos la



episcopal Plasencia, con sus espléndidas catedrales –la Vieja y la Nueva–, su Plaza Mayor, sus iglesias y palacios. Más allá, hacia el Oeste, Coria, la capital de los antiguos Vascones, villa también episcopal, con su bella catedral y sus murallas de ejemplar arquitectura militar romana, con palacios y conventos, y que los murcianos recordamos por la repentina muerte hace unos años de su obispo titular, el Dr. Cavero Tormo, ilustre murciano, cuando oficiaba la misa de Palmas o entrada de Jesús en Jerusalén.

Cuacos de Yuste es un pintoresco pueblo como lo son casi todos los de la Vera cacereña. Rodeado de bosques, es villa desde 1806, y su estructura dispersa y heterogénea de casas acusa una rudimentaria arquitectura rural y doméstica, hoy bien ambientada entre el paisaje y las necesidades de la vida. El pueblo, por otra parte, está lleno de recuerdos históricos: Plaza de don Juan de Austria, Casa de Jeromín, hoy convertida en Museo, y en donde vivió don Juan de Austria al cuidado de don Luis de Quijada, iglesia parroquial de la Asunción, del siglo XVI, con puerta principal de estilo hispano-flamenco, y un órgano que perteneció al Monasterio de Yuste, construido en Amberes en el siglo XVI por encargo de Carlos I. Las fábricas de pimentón y la agricultura son sus signos de riqueza, aparte de un pasajero turismo hacia otras rutas.

Nos encontramos a unos pasos del Monasterio de Yuste, fundado sobre la ermita de San Salvador de la Sierra, por eremitas palentinos que llegaron al lugar hacia 1402, bajo la protección de los jerónimos de Guadalupe. Su estructura corresponde a la traza de los monasterios-palacios españoles, con un claustro gótico del XV, y otro plateresco del mismo siglo, costeados por la fundación de don García Álvarez de Toledo y por los condes de Oropesa, respectivamente. La iglesia es del siglo XV, con bóvedas góticas y un magnífico retablo de madera con una copia del *Juicio Final*, de Tiziano, maestro de pintura del Emperador Carlos V.

A este monasterio, frío, triste y rodeado de frondosa vegetación serrana, se retira Carlos I de España y V de Alemania, en donde con serena y estoica tranquilidad espera el tránsito hacia la otra vida. El monarca, que vive en un mundo al que no se le conocían límites y en el que todo podía ser posible, después de su itinerante etapa final, desgastado tal vez por su conciencia de no haber cumplido su sagrada misión, su voluntario retiro a Yuste parece, según algunos historiadores, indicar el reconocimiento del fracaso de su inquietante afán de solucionar política y militarmente los problemas de la Europa de su tiempo. Su vivienda en el monasterio, acondicionada en el retiro por Fray Antonio de Villacastín en 1554, es austera, de reducidas proporciones, recordando las del Palacio de Gante, donde nació el Monarca, pero cómodamente adaptada a sus necesidades. Bello panorama de las vegas del Tiétar y del Tajo desde la terraza de la habitación real, y en donde el Emperador cabalga, pesca, medita y piensa en la trascendencia del hombre, distrayéndose con otros menesteres que le permitían sus dolencias de gota, enfermedad muy propia de los Austrias, sin apenas poderse mover, utilizando una silla articulada, y entreteniéndose sus prolongados ocios en una extraordinaria colección de relojes que cuidaba el ingeniero italiano Juanelo. Decorosamente adecentada su estancia –tapizado de las paredes, alfombras, cojines y sillas de pequeño tamaño–, albergaba algunos objetos propios de sus



aficiones: compases, astrolabios, un anillo astronómico, un cuadrante de sol, como muestra de su interés por la astrología; así como igualmente muchos objetos de plata. En el palacio sólo había noventa libros. Sin embargo, el Emperador, siempre que su estado de salud se lo permitiera, mostraba su apego a los placeres gastronómicos. Con la comida era voraz, caprichoso y exigente. Tenemos el testimonio del Dr. Matisio, que dice después de visitarle: “Salvo manifiesto empeoramiento de su salud, no perdona el cordero asado; el buey o la ternera, al horno, hervidos o cocidos; conejos y capones al horno; liebres, perdices, truchas, pescado fresco, si lo hubiere. Toda clase de repostería, dulces, compotas, mermeladas, barquillos, y en su temporada, los melones, que él mismo siembra en su jardín de Yuste, y hasta defiende entre sus criados, porque considera que es mejor un buen melón que un buen pepino”.

Ya no es el Emperador victorioso y dueño del mundo casi en su totalidad, ni el soñador imperialista temido y respetado por todos; es el hombre que sufre, que experimenta el dolor en su cuerpo, que predice la cercana muerte, que se acomoda con voluntad probada a las flaquezas de la condición humana, ¡¡qué contraste Dios mío!!

Nada mejor que las palabras del padre Sigüenza en su *Historia de la Orden Jerónima*, al decir refiriéndose a este retiro del Emperador en su celda: “Esta es la celda de aquel gran monarca Carlos V; para religiosos, harto espaciosa; para quien tanto abarcara, pequeña”. Y en efecto, las citadas palabras del padre Sigüenza nos sitúan ante la figura del Emperador, monarca que se enfrentó a una Europa cuyos poderes y fuerzas iban destruyendo las estructuras medievales: el nacionalismo dinástico y la reforma protestante, dirigiendo todas sus fuerzas a mantener el principio de la unidad de Europa, defendiendo la supremacía del Imperio en lo político, y la defensa de la ortodoxia romana en lo religioso. Por eso la historia de su vida y de su reinado tienen un interés extraordinario, ya que en este tiempo se realiza la liquidación de la Edad Media que da paso a los llamados tiempos modernos. El monarca más poderoso del mundo, cuyas herencias y circunstancias le habían llevado a tal situación, siendo relativamente joven, ve afectada su salud, agravada seguramente por algunos reveses de su política internacional, lo que le lleva a la abdicación sucesiva de sus reinos y poderes, eligiendo como retiro el Monasterio de Yuste. El 25 de octubre de 1555 abdica el trono a favor de su hijo Felipe, y dos años más tarde –3 de febrero de 1557– inicia su vida en el Monasterio que duran hasta el 21 de septiembre de 1558 en que entrega su alma al Creador. Atrás quedan sus campañas, sus brillantes batallas ganadas en los principales escenarios europeos, sus sesiones y triunfos diplomáticos, sus reinos, que su cronista Santa Cruz hacía decir al mismo Emperador: “Los reinos que allá y acá me dejaron los reyes mis progenitores, son tantos y tan grandes, que por verme en ellos tan poderoso me tienen todos los príncipes del mundo envidia”.

Las ideas imperialistas, tan discutidas, pero mantenidas y motivadas por teólogos y juristas, y que a diario alimentaba el hombre de su absoluta confianza Mercurino Arborio, conde de Gattinara, autor en 1519 de un largo *Memorial*, con advertencias y consejos al mismo Emperador, y a quien seguía en la misma línea el alemán Jorge Sanermann, y aún más tarde el español Fray Antonio de Guevara, que en su *Libro*



Áureo del gran Emperador Marco Aurelio o *Relox de Principes*, afirmaban que Carlos V era el mayor rey de todos los reyes y reinos, ¡¡qué diferencia ente el Carlos V que describen los autores citados y el Carlos que llega a las puertas del Monasterio de Yuste, cansado, enfermo, muy atacado de gota, desengañado como todo gobernante, presintiendo un ocaso que se le avecina y una proximidad de la muerte!!

Esta situación contrastiva se refleja, no sólo en la literatura, como después veremos, sino en el arte, en la vida, revelando como premonición la evolución sociopolítica y cultural que nos llevará al barroco, en donde los abigarrados contrastes son forma y sentido de nuestra vida. Ciñéndonos ahora a la plástica, observamos lo siguiente: *El retrato del Emperador Carlos V en Mühlberg*, del maestro de la escuela veneciana Tiziano, nos muestra a un monarca enmarcado en un ambiente paisajístico adecuado, a caballo y con lanza amenazante, señalándole como vencedor de los protestantes el 24 de abril de 1541, y en donde hace prisionero al elector Juan Federico de Sajonia. Carlos victorioso en su plenitud, en su grandeza, muestra voluntad, firmeza, constancia. Es el retrato de un gran caballero renacentista, arrogante, con la mirada un poco perdida en el horizonte, como oteando un futuro preñado de triunfos y glorias, pues Mühlberg es una de las victorias más brillantes del Imperio Español, la más importante acción de armas del Emperador. No es la misma impresión la que nos produce el cuadro del pintor alicantino Agrassot *Entrada de Carlos I en el Monasterio de Yuste*, cuya figura central aparece en posición meditativa, arropada por un personaje principal y por la gente del pueblo, mientras el clero monacal sale por su frente a recibir al Emperador a la puerta del sagrado recinto. Carlos parece asumir el próximo fin de su destino, que, sin duda, cuando visitamos el monasterio y se nos muestra en el semisótano el viejo y carcomido ataúd, en donde seguramente fue trasportado su cuerpo sin vida, pensamos en el cuadro *Las postrimerías de la vida: In ictu oculi*, de Valdés Leal, conservado hoy en el Hospital de la Caridad de Sevilla, y en el que vemos que el símbolo universal de la muerte tiene a sus pies como despojo todos los atributos, riquezas y honores de los humanos. Y es que el Emperador, al renunciar para siempre de todo lo humano, ve a sus pies desvanecerse sus glorias mundanas, los regalos de su vida, sus ambiciones...; pues a todos, por igual, trata la muerte en esta comedia de la vida. Entre grandeza y miseria humana no cabe sino la meditación, el pensar sobre la vanidad y fugacidad de las cosas humanas, sobre el sentido trascendental de nuestra vida; circunstancias que fueron temas obligados en casi todos los escritos del barroco.

Mas este voluntario recogimiento del Emperador en Yuste, no agota su interés por los asuntos de la política y del Estado, preocupado en su estancia por los constantes peligros que acechaban al Imperio español, y que habían sido objeto de su política europea durante los años de su reinado. En este sentido son muy ilustrativos los trabajos del profesor español Dr. Manuel Fernández Álvarez, destacando *Corpus documental de Carlos V, La España del Emperador Carlos V*, y sobre todo *Testamento y Codicilo de Carlos V*, publicado en 1982. En Yuste Carlos V seguía al pie de la letra los problemas religiosos del Imperio español, pues tuvo conocimiento de los avances de los hugonotes en Francia, que se correspondía con los brotes luteranos en la Corona de Castilla. Esta cuestión produce fuertes reacciones del Emperador, como



observamos cuando se dirige a su hija Juana, gobernadora de Castilla en ausencia de Felipe II, el 25 de mayo de 1558: “Creed, hija, que este negocio me ha puesto y tiene en tan gran cuidado y dado tanta pena...” En la misma fecha dice a su hijo Felipe sobre la misma cuestión: “Es menester que lo proveáis muy de raíz y con mucho vigor y recio castigo”. En el codicilo de su testamento, hecho en Yuste el 9 de septiembre de 1558, vuelve a mostrar su profunda preocupación: “Le ruego y encargo con toda instancia y vehemencia que puedo y debo, y mando como padre que tanto le quise y amo, por la obediencia que me debe, tenga desto grandísimo y especial cuidado, como de cosa más principal y en que tanto le va, para que los herejes sean perseguidos con toda demostración y rigor, conforme a sus culpas, y esto sin excepción de persona alguna, ni admitir riesgo, sin tener respeto a nadie”. Fruto de estas advertencias, casi ya en el lecho de su muerte, fueron las actuaciones de la Inquisición, que afectaron, entre otros, a Agustín Cazalla, antiguo predicador de la Corte, y a Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo. Este último se presentó este mismo año en Yuste visitando al Emperador para hablarle de los asuntos de Flandes, aunque el rey había expresado su repugnancia a verle. Carranza encontró a Carlos V en el lecho de la muerte, le exhortó con sus oraciones, que algunos consideraron como dudosas, dada la situación del arzobispo.

El final del Emperador en Yuste fue lento y definitivo, su último y más penoso episodio. El 21 de septiembre de 1558 entrega su alma al Altísimo, reposando sus restos en el suntuoso, frío y herreriano monasterio de El Escorial. El 3 de febrero de 1557 se inicia en el modesto monasterio de Yuste el retiro de la estrella fulgurante en el ocaso, no de un imperio, ni de un reinado, pero sí de un monarca, de un mortal, de un hombre que de gobernar el mundo pasa a ser el meditabundo personaje que, sin estar totalmente despreocupado de los asuntos políticos, piensa en serio en su próxima suerte.

Esta situación, este contraste, se refleja, igualmente en la literatura. Los poetas de la España de Carlos I, —Garcilaso, Herrera, Acuña, Cetina, Hurtado de Mendoza...—, cantan sus hazañas, y glosan sus empresas. Gutiérrez de Cetina terminaba así un soneto:

Al siglo por venir serán testigos
del honor que dará perpetuamente
a Carlos Quinto Máximo la fama.

Una de las más bellas composiciones de la lírica española de nuestro Siglo de Oro es el siguiente soneto debido a la pluma de Hernando de Acuña:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo, para más consuelo,



un Monarca, un Imperio y una Espada.
 Ya el orbe de la tierra siente en parte
 y espera en toda vuestra Monarquía,
 conquistada por Vos en justa guerra.
 Quién a quien ha dado Cristo su estandarte
 dará el segundo más dichoso día
 en que vencido el mar, venza la Tierra.

No menos explícito en el elogio es el soneto de Fernando de Herrera:

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
 sublime Carlos, el bárbaro africano,
 y el bravo horror del imperio otomano
 la altiva frente humilla quebrantada.
 Italia en propia sangre sepultada,
 el invencible, el áspero germano,
 y el osado francés con fuerte mano
 al yugo la cerviz trae inclinada.
 Alce España los arcos en memoria
 y en colosos a una y otra parte,
 despojos y coronas de victoria,
 que ya en la tierra y mar no queda parte
 que no sea trofeo de tu gloria,
 ni le resta más honra al fiero Marte.

Pero a esta apologética literatura en torno al Emperador que predomina en su época sucede la mística, y junto a ella la picaresca de la segunda etapa que caracteriza el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán; después el barroco, con sus temas trascendentales, y, sobre todo la muerte como feroz contraste con la vida, como igualmente ésta como tránsito, en donde el despojo de las cosas humanas da la mano a una seria meditación que es todo paralela a los últimos días del Emperador en Yuste. Su predicador, acompañante y consejero, Fray Antonio de Guevara, era el punto de enlace entre petrarquismo clasicista de una época y la plenitud del barroco, según se desprende del estilo ampuloso y retorcido del *Relox de Principes*. No es extraño, pues, que un escritor tan significativo, sobre todo en la lírica, como Quevedo, exprese este contraste en su soneto dedicado al Emperador:

Falleció César, fortunado y fuerte;
 ignoran la piedad y el escarmiento
 señas de un glorioso monumento:
 porque también para el sepulcro hay muerte.
 Muere la vida, y de la misma suerte
 muere el entierro rico y opulento;
 la horca, con oculto movimiento,



aun calla el grito que la fama vierte.
Devanan sol y luna, noche y día,
del mundo la robusta vida, ¡y lloras
las advertencias que la edad te envía!
Risueña enfermedad son las auroras;
liras de la salud es su alegría:
Liras, sepultureros son las horas.

